

Cárracisla

Revista de la Asociación de Jubilados de Yanguas de Eresma

Nº3

Agosto 2024

En este pueblo toda la gente es buena

En este pueblo no hay ladrones. Así, de forma tan rotunda como Mercedes y Marcelo en la fotografía de estudio que recuerda el día de su boda (1935) equívoca, titulaba Gabriel García Márquez uno de los cuentos recopilados en *Los funerales de la mamá grande*.

En este pueblo toda la gente es buena. Así, de forma inequívoca, sencilla, sin fisuras, me lo dijo con su vocecita de ardilla la señora Mercedes a los pocos días de ser nombrado Médico Titular de Yanguas de Eresma, en la provincia de Segovia.

Aunque ya con algún varapalo en las espaldas, era yo todavía un sanitario joven e ilusionado. Yanguas de Eresma era mi cuarto destino como Médico Titular, con el que iniciaba mi décimo año de trabajo en las tierras de Castilla y León, tantas veces privadas de voz, tantas veces aplastadas por las botas de quienes más dicen amarlas. Diez años de experiencia, que aún se prolongarían casi treinta, son tiempo para ahondar en algunas enfermedades del cuerpo, en otras del alma, y en las pequeñas ruindades que, con demasiada frecuencia, ensombrecen las historias más luminosas, como esta. También había aprendido en esos años algo que no se enseña con claridad en las facultades de Medicina, y es que la parte esencial del acto médico consiste en escuchar con atención, dejando fluir las palabras del enfermo sin las trampas y alambradas de cuestionarios preestablecidos por quien no está delante de un paciente real, con ojos húmedos y manos temblorosas. Lo he repetido muchas veces. Las palabras tienen un potencial sanador insospechado porque somos, en el fondo, palabras que caminan o que se desmoronan. También he repetido que las palabras guardadas en silencio acaban por volverse venenosas.

No era este un riesgo para la señora Mercedes, mujer al mismo tiempo jovial y discreta, que nunca rebasaba el límite de la charlatanería ni del cotilleo. Así eran, en realidad, muchas de las gentes de Yanguas de Eresma, donde yo permanecería dieciséis años como médico rural. En varios aspectos de su persona y de su personalidad sí difería de sus vecinos. Todo en ella me recordaba a una ardilla. Su voz, ya lo he dicho. Su talla, que ni con tacones



Mercedes y Marcelo en la fotografía de estudio que recuerda el día de su boda (1935)

altos rebasaría el metro y medio. Nunca, a buen seguro, salvo el día de su boda y en fechas muy señaladas, se pondría calzado semejante. Solo la recuerdo en zapatillas, que trocaría por zapatos los domingos, para ir a misa.

Esta pequeñez esencial de la estatura, no de la fuerza ni de la voluntad, era característica de los españoles de guerra y de posguerra, apenas alimentados con sopa de cebolla, como en la canción de Miguel Hernández.

A la familia de la señora Mercedes les llamaban *los cebollas* en su pueblo de origen: Escarabajosa de Cabezas, nombre que siempre me recordó a Luis Buñuel. Del origen de tal apodo tengo dos versiones. La primera, debida a su sobrina Fuen-cisla, no difiere de lo dicho hace un momento: el hambre, la pobreza extrema, la sopa de cebolla como alimento casi único. La segunda se la debo a su tía: Pasábamos tanto frío que nos poníamos todo encima, camisa sobre camisa y refajo sobre refajo, como las capas de las cebollas.

Otra de las características que me hacían pensar en una ardilla cuando veía a la señora Mercedes barrer la puerta de su casa, o cuando acudía al consultorio por recetas para su marido, era la ligereza octogenaria y casi milagrosa de sus movimientos, diametralmente opuesta a la lentitud de plomo de Marcelo.

Marcelo, su marido, era un ultramontano de Navalagamella, buenísima persona, pastor de ovejas que llegó a las fértiles tierras del Eresma huyendo del hambre que mordía sus tripas al otro lado del Guadarrama. A Marcelo siempre lo vi atado a una silla de la que amagaba con levantarse cuando me veía, en señal de respeto. Se lo impedían los huesos, sus pedregosas articulaciones de pastor roídas por la artrosis y la intemperie de muchos años bajo las estrellas. Por eso era su mujer quien acudía a mi consulta para que le hiciera las recetas que aliviaran en lo posible sus dolores. Por eso era yo quien acudía a su casa cuando estos se agudizaban hasta impedirle bajarse de la cama.

Otra peculiaridad de la señora Mercedes que llamó mi atención desde el día en que la conocí era la prenda marrón que vestía a todas horas, con reflejos cobrizos en las zonas de más roce, como el hábito de los franciscanos o la capa de las ardillas. Fue la tercera o cuarta vez que se acercó a mi consultorio cuando me atreví a preguntarle por esa extraña forma de vestir, y esta fue la historia luminosa que me contó:

- Cuando comenzó la Guerra Civil, yo hice una promesa. Si nadie de este pueblo moría en ella, yo vestiría de hábito toda la vida. Parece que Dios me escuchó, porque nadie de este pueblo murió en la guerra. Por eso me ve usted con estas trazas de franciscana.

- Me parece casi un milagro —le dije. Ella me miró con ojos húmedos y agradecidos, dos dedalitos de plata en los que parecían temblar las diminutas estrellas que alumbraron durante generaciones a los pastores de la Sierra, y en especial a su Marcelo.

- ¿Un milagro? —dudó ella—. Quizá lo fue...

Quizá lo fue, en efecto, como quizá también fuera un milagro la historia que me contó a con-

tinuación, complemento imprescindible de la primera.

- Luego, cuando ya la guerra había terminado o estaba a punto, vino un día a Yanguas una camioneta de falangistas. Buscaban a los rojos que pudieran estar escondidos en los pajares o en las cuadras, cualquier rojo del que ellos no tuvieran noticia. Así que fueron a preguntar a la casa del cura. Miren ustedes, les dijo el cura, la peor persona de este pueblo soy yo. Si quieren llevarse a alguien, aquí me tienen. Eso les dijo, así que los falangistas se fueron de vacío, como habían venido. Ya ve usted que no me faltan razones para vestir este hábito marrón.

Esa es la historia, tan pequeña y tan grande al mismo tiempo. Un dedal de palabras rebosantes de luz, como los ojillos de la señora Mercedes. Cierro los míos para abrir los del recuerdo. Hay que hacerse pequeño para ver la inmensidad de lo pequeño. Soy una hormiga que da vueltas en el borde de un dedal lleno de palabras y de estrellas.

Me detengo.

Siento brincar a las ardillas.

Escucho piar a los aviones que anidaban en las cornisas de mi consultorio en Yanguas de Eresma.

Mercedes sigue barriendo la puerta de su casa, cerrada desde el día en que ambos murieron.

Marcelo pastorea sus ovejas en praderas de color azul celeste.

Del otro lado de las nubes, veo sonreír a san Francisco.

José Antonio Abella

In memoriam

Marcelo de Prados Salamanca

13 - 2 - 1915 / 2 - 3 - 2004

Mercedes Valverde Barrio

9 - 2 - 1922 / 7 - 3 - 2012

